

Bourdieu, Pierre (2014): *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama. 577 pp. ISBN: 978-84-339-6369-7.

El año 2012 apareció en Francia una edición de los cursos que entre 1989 y 1992 impartió Pierre Bourdieu en el Collège de France sobre el tema de la naturaleza y génesis del Estado. Esta obra, editada por Patrick Champagne, Remi Lenoir, Franck Poupeau y Marie-Christine Rivière, apareció en 2014 en nuestro país. En verdad, Bourdieu fue un autor prolífico y su obra publicada no deja de acrecentarse. Así, este libro se suma al ya amplio corpus de su producción científica.

Este texto tiene una particularidad dentro de la obra de Bourdieu: recoge el magisterio del sociólogo francés, lo que marca diferencias con sus libros más populares. Se ha acusado a Bourdieu, con razón muchas veces, de usar un lenguaje abstruso y de elevar el discurso de un modo innecesario. Quizá con ello pretendiera mostrar, en lo formal, los modos y reglas del campo académico, aunque a veces tenemos la impresión de encontrar algo de humor en este "cultismo". Quizá no pueda ser de otra forma para alguien que pretendía crear todo un nuevo universo conceptual: campo, capital, habitus o, entre otros, enclasmiento. En todo caso, encontramos en esta obra un lenguaje más directo. El propio Bourdieu así lo reconoce: "Son cosas que no escribiría, pero la enseñanza está hecha para decir cosas que no se escriben y para hacer comunicables cosas que sí se escriben, diciéndolas de modo más simple, más elemental, más tosco que lo que la escritura puede tolerar" (p. 123). El tema del lenguaje es una preocupación constante de su magisterio. Habla de liberar las ciencias sociales "de los filósofos", al menos de los más invasivos, y de los "juegos de palabras filosóficas".

También encontramos, expuesto sin paños calientes, la apuesta por la unificación de las ciencias sociales y la superación de las barreras entre la historia y la sociología y entre esta última y la antropología. También el deseo superar las antinomias modernas: público/privado o particular/singular, de las que se encuentra plagado el discurso de las ciencias sociales. Y, en lo metodológico, busca superar la falsa oposición entre lo empírico y lo teórico, ya que la teoría carece de sentido sin una conexión con lo real. "Los teóricos, [afirma], pueden discutir hasta el infinito precisamente porque esta conexión con las cosas del mundo real, de la vida cotidiana, no se produce" (p. 41). Por ese motivo su análisis sobre el Estado liga la alta teoría con hechos como la política de vivienda o las pautas matrimoniales emanadas de sus investigaciones empíricas. Bourdieu entiende lo teórico solamente en conexión con lo empírico.

Un elemento destacado de estos cursos es que permiten ver a Bourdieu dialogando con otros autores,

cosa que no es tan frecuente en otros de sus libros. Así, al discutir los orígenes del Estado revisa y critica los trabajos que considera limitados de S. Eisenstadt, P. Anderson o B. Moore –al cual, por otra parte, despacha en pocas líneas y no saca todo el partido que pudiera al hablar del Estado en Japón–, y se apoya mucho más en los trabajos de E. Durkheim, M. Weber, N. Elias, Ch. Tilly o Ph. Corrigan y D. Sayer (también, aunque de fondo, con K. Marx). Con todos ellos dialoga críticamente, a veces incluso con cierta vanidad intelectual. Del trabajo de Ph. Corrigan y D. Sayer dice que si "embarrancan es porque les falta la noción de capital simbólico" (p. 205).

Respecto al tema central que conduce el curso: el Estado, propone un modelo sociogenético en torno al proceso de fragmentación social en campos diferenciados (fuerza física, económico, social, cultural y simbólico) relativamente autónomos y a la aparición de un tipo de institución social, el citado Estado, que se constituye en un "metacampo" que trata de acumular y monopolizar progresivamente las diferentes especies de capital en cada uno de esos campos semiautónomos. El Estado como institución, sostiene, puede distinguirse de la Ciudad-Estado y de los Imperios. De hecho, tiene en mente un proceso con tres grandes etapas: la consolidación del "Estado dinástico", basada en el monopolio de una familia, la del "Estado Moderno" o "Estado burocrático", sostenido por una burocracia independiente del gobernante, y más recientemente el "Estado de bienestar".

En la génesis del Estado dinástico trata de mostrar cómo se fue produciendo una concentración del poder, un monopolio del capital, en las esferas de la violencia física –con la creación de un ejército y una policía adscrita al monarca–, de la economía –con la gestación de un mercado centralizado y la recaudación de impuestos–, jurídico –con la aparición de una justicia unitaria en el territorio en torno al monarca–, informacional –sistemas censales, agencias de información o un sistema de escritura unificado–, cultural –aparición de la escuela y del patrocinio público– y simbólico –el honor dejó de ser una propiedad difusa para pasar a estar monopolizado por el Estado–. Por tanto, el Estado generó un proceso de universalización, esto es, de uniformización y marginalización de las diferencias, y al tiempo de monopolización y dominación central.

Durante esta descripción rechaza con vehemencia la metáfora marxista de la estructura/superestructura –otra antinomia moderna– y llega a plantear la primacía de lo simbólico. Eso sí, afirma: "Todo mi trabajo tiene la intención de hacer una teoría materialista de lo

simbólico que tradicionalmente se opone a lo material" (p. 232). En todo caso, lo que rechaza son las visiones simplistas de los procesos sociales. Lo simbólico impregna todos los campos sociales y la dominación se encuentra dentro de lo simbólico. Así, el monopolio de la violencia física (legítima) es simbólico y el simbolismo esconde relaciones de dominación violenta. La pregunta correcta, afirma, no descansaría en resolver la primacía de lo cultural sobre lo estructural o de lo estructural sobre lo cultural, dos caras del mismo proceso, sino de descubrir "quién tiene el monopolio de este monopolio" (p. 319), es decir, buscar a aquellos que controlan el Estado. La dominación se ejerce tanto a través del sentido común como de la violencia descarnada. No es extraño, en consecuencia, que el Estado sea definido durante toda la obra –ampliando la definición clásica de M. Weber, con el cual dialoga constantemente–, como una institución social cuyo objetivo es ejercer el "monopolio de la violencia física y simbólica legítima".

En la última parte del libro, la que corresponde al curso que impartió durante 1990-91, se centra en la creación del Estado moderno a través de la emergencia de un campo social específico fruto del trabajo creador de los juristas y burócratas. Este fue un proceso complejo, lleno de contradicciones y luchas dentro del campo emergente, pero que arrinconó la lógica de "la casa" propia del Estado patrimonial. En sus propias palabras: "el Estado se opone a la familia en tres puntos esenciales. En primer lugar, reemplaza lealtades primarias familiares por lealtades formales, y condena el nepotismo. En segundo lugar, reemplaza la sucesión directa, familiar, por una reproducción de base académica. En tercer lugar, reemplaza el autonombramiento de los jefes o de los subjefes, o su nombramiento por instancias locales, por un nombramiento central, concentra el poder de nombramiento" (p. 398). Uno de los aspectos en los que centra más atención es el papel de las elites dominantes, pues son al tiempo generadores del Estado y beneficiarias del mismo. Cree que existe una "nobleza de Estado" (título de otra de sus obras), beneficiaria del monopolio estatal. La Revolución Francesa no produjo cambios significativos, pues "la

monopolización del capital jurídico y del capital estatal, a través de la condición de acceso al capital estatal que es el capital cultural, ha permitido la perpetuación de un grupo dominante cuyo poder se basa, en gran medida, en el capital cultural" (p. 471). Apunta, asimismo, la aparición de un Estado de bienestar fruto de la aplicación de los derechos de ciudadanía en los cuales descansa el Estado moderno. Este habría permitido la inclusión de los dominados en el campo político (han de tener un mínimo de participación, pues de otro modo "no jugarían") y, al tiempo, su control mediante la filantropía y la violencia física y simbólica. De este modo, la dinámica dominantes/dominados se hace central dentro del metacampo del Estado.

Dicho todo lo anterior, esta breve reseña no hace justicia a las lecciones impartidas por Bourdieu, llenas de digresiones y ejemplos, y ricas en matices. Incluyen incluso las respuestas del profesor a las preguntas suscitadas por las lecciones entre los alumnos. El pensamiento complejo, bien es cierto, se deja enmarcar con dificultad. Además, en toda la obra es patente que el autor trabajaba durante los tres cursos académicos en los cuales fueron impartidas. Asistimos a un proceso de elaboración intelectual, en el cual se incorporan materiales, ideas y teorizaciones a medida que avanza el proceso. En consecuencia, no se trata de una obra cerrada, aunque existe un modelo latente, pero de enorme importancia para la sociología histórica y más en general para la teoría del Estado.

*Salvador Perelló Oliver*  
Universidad Rey Juan Carlos, España  
[salvador.perello@urjc.es](mailto:salvador.perello@urjc.es)

Recibida: 15-02-2015  
Aceptada: 05-03-2015

